LA SINCERIDAD DE LOPE

¿Dónde encontrar la sinceridad de Lope? ¿En sus galanes hidalgos o en los villanos? ¿Cuando peca o cuando se arrepiente? ¿Cuando se queja del gusto del público o cuando defiende, en el mismo papel, el tipo de comedia que ha creado y que ese público le aplaude?

Para dar con esa sinceridad enturbiada por tantísima frase de comedia habría que encontrarle en la soledad de su casa. A falta de ello tenemos sus cartas. Oscuras también, de tanta niebla de adulación, de peticiones, de humillaciones disimuladas con la humildad y la falsa alegría en la solicitud. Pero, con todo, en ellas asoma más el hombre. El léxico se hace crudo, la anécdota se cuenta sin embellecimiento. Se encuentra en sus líneas más parentesco con Quevedo o Cervantes que en su obra, ya más literaturizada. "Los términos más significativos ésos son los que tienen mejor lugar en las epístolas familiares", dice en una de ellas, pidiendo perdón por el juego de imágenes con que alude, sin nombrarla, a la caída de don Rodrigo Calderón: "que el señor grande puede hacer los menudos, pero no dar la sangre, y así vemos que lo más lo ocupa la cebolla y anda la villa a vueltas del olor de las especias". "¡Qué cruel comparación!", añade a seguido él mismo. Crueldad expresiva digna del Buscón, que iba a hacer más cruda y de claroscuro el ajusticiamiento del personaje.

Sinceridad y altanería que corrigen la propia humillación, a párrafo seguido, como si no pudieran esperar ni un momento. No puede colocarse más a los pies del duque de Sessa, que cuando le escribe: "Le juro como montañés que si mi sangre fuera necesaria a un caballo de Vex.ª no dudaría en sacármela toda..." Pero la gran justificación está unas palabras adelante al hablar de la humildad: "...que quien ha menester [ser humilde] nunca perdió nada por parecerlo".

Las tristezas abundan en el epistolario, espantadas a veces, como con un manotazo, con una chanza festiva, cuando no se acerca a lo procaz. Se adivina al hombre capaz de hablar con toda seriedad, pero a quien salta al labio el chiste o la observación cáustica. Una vez son las pulgas de Segovia, que compara a una de las plagas de Egipto. Otra la Jerezana y otras vecinas que tenían la calle hecha Tierra de promisión. El tono quejumbroso o melancólico resuena constante entre noticias, disculpas, adulaciones, tercerías.

Protesta de la falta de amigos, insiste en su voluntad de vivir solo y aislado. ¿Es éste el acento más sincero de su voz? Podría pensarse que es el contrapunto de la constante petición de favores, que es una contribución a la tónica del pedigüeño. Creo que no, que son pausas en la canción, lagunas en el bordado, que muestran el auténtico hilo del cañamazo. Para hallar al verdadero Lope habrá que ir, con el mayor de los cuidados, a sus cartas.

Cartas en que habla de que acude "remisamente" a unos ejercicios espirituales, comenta un auto de fe, en frase equívoca por el delito de que se trata, "que aun es feo para escrito", alude a sus amores y los del Duque, toma con poca reverencia cosas muy graves en la época y se muestra vario y multiforme, cínico unas veces, moralizador otras, alegre, mohino, hombre de corte o huidizo buscador de la felicidad lejos del mundanal ruido, como el villano de la fábula.

No en balde, en otra de las cartas, pinta a los pequeños que tienen que callar lo que sienten, pero a solas pueden canonizar a quien les parece y tener la opinión que se les antoja. Idea repetida. Y mientras tanto, esconde su sinceridad, que llega hasta nosotros encerrada en interrogantes.



JORGE CAMPOS